

# EL ALMA DE GARIBAY

Semanario humorístico Oscense

Director D. Fulano de Tal



La correspondencia á D. Raimundo Rodríguez  
Calle de Ainsa, núm. 7, 1.º



Redactores los que vayan saliendo

Verá la luz cuando lo dejen, pero deseando ser leído de *tútili mundi* hará lo posible por salir á la calle los domingos antes de las once, aunque no haya salido el sol, para aprovechar el descanso dominical de sus lectores.

Precio de cada número, cinco miserables céntimos, o sea el precio de dos churros.

Los números atrasados se rebajarán de precio, no sea que se rancien y después no los quieran por ningún dinero.

Para fuera de la capital bastará que los curiosos que nos quieran leer remitan á nuestro Administrador en sellos de correo o como Dios les dé á entender, cinco reales ó *sease* una peseta columnaria y tendrán buen humor un día á la semana por espacio de medio año. Si ustedes piden mas, no tengo inconveniente en afirmar que son unos gorriones.

A los repartidores que nos pidan 25 números, se les hará la rebaja de costumbre.

## PROPÓSITOS DE ESTA PUBLICACION

Los mejores del mundo, puesto que tratará de instruir deleitando, combatiendo de paso todo lo malo que, á juicio suyo, haya en la capital y su provincia, como, por ejemplo, el caciquismo que divide en castas y razas á los nobles descendientes de D. Ramiro.

Se admite la colaboración de cuantos estén identificados con el programa que antecede, siempre que no lo hagan en serio, porque para cosas serias ya tiene suficiente el Director con la de su suegra.

## Un maestro para "El Diario,"

### I

Es bien notorio que la minerva de *El Diario*, en materias de doctrina cristiana, es siempre deficiente y muchas veces errónea, y como quiera que esto sea muy dañoso en un órgano ú organillo de la opinión pública, á nosotros se nos ha hecho conciencia, y nos vemos impulsados á acometer la ardua empresa de buscar para tal discípulo un maestro adecuado é idóneo.

Ya lo tenemos.

Con ello dos fines nos hemos propuesto: el primero, cumplir el precepto de enseñar al que no sabe; el segundo, impedir, en cuanto de nosotros dependa, que *El Diario* comulgue tantas veces á sus lectores con ruedas de molino.

Conviene advertir que dicho maestro no es el verdadero maestro de la doctrina cristiana, es solamente un maestro circunstancial, que para este caso le viene bien á *El Diario*.

Porque el maestro de la doctrina cristiana, nada menos que por derecho divino, es el señor Obispo, y todos los diocesanos somos sus discípulos. No pudiendo el señor Obispo, materialmente y en toda su extensión, ejercer por sí mismo este tan necesario, sagrado y salvador ministerio, se vale primeramente de sus inmediatos auxiliares que son los párrocos, además de las congregaciones y organismos religiosos destinados á este fin, y ahora, respondiendo á las nuevas necesidades de los tiempos, de la prensa católica, distinguida de la contraria con el nombre de la «Buena Prensa», la cual, aunque no está aun oficialmente canonizada como una institución eclesiástica, puede considerarse de hecho como tal, pues así es reconocida y recomendadísima con singular empeño por nuestra Santa Madre la Iglesia.

Además, en España, siendo el Estado católico, resulta que también en doctrina cristiana y en cuantas aplicaciones ésta tiene en todos los ramos del saber humano, son discípulos del señor Obispo todas las oficinas docentes creadas y

sostenidas por el mismo Estado, las Universidades, los Institutos, las Escuelas especiales, las Escuelas normales y las de niños de primera enseñanza.

De todo lo cual hay que deducir que el señor Obispo no sólo es el maestro, sino el maestro de todos los maestros de doctrina cristiana de la diócesis, tanto de los que tienen título eclesiástico como de los que lo tienen del Estado.

Todos, pues, tenemos maestro. Solamente ese diariote de nuestros pecados no tiene maestro, solamente á él le estaba reservado un papel tan ridículo y estrafalario.

A las pruebas nos remitimos.

¿Qué ha hecho ese *Diario* con los tres últimos venerables Prelados que han ocupado la Sede oscense, como si dijéramos con el maestro por antonomasia de la doctrina cristiana? Tratarlo por lo menos con la más impía y descortés irreverencia, en tal grado, que parece un milagro que no haya podido conseguir que el buen sentido cristiano de las gentes se haya extinguido por completo. En nada se le conoce que los cuatro párrocos de la ciudad y los demás de la diócesis prediquen el Evangelio todos los domingos; ninguna muestra da de haberlos oído. La predicación cuaresmal, y la de festividades particulares de todo el año, sólo le ha inspirado alguna cuchufleta, cuando no alguna censura incipiente, impía ó blasfema. A la labor de la Residencia de la insigne Compañía de Jesús que debemos al celo religioso y amor al país del reverendo provincial, P. Vigordan, honra de la villa de Grañén que le vió nacer, sólo le ha concedido una tolerancia despectiva y forzada, que alguna vez no ha podido contenerse dentro de los límites de la piedad religiosa, ni aun de los que prescribe la justicia más vulgar. Por último (no podemos extendernos demasiado) las Escuelas Salesianas, tan célebres y queridas en todo el mundo civilizado y no civilizado, fundadas aquí por la caridad de otro compatriota nuestro y católico insigne, D. Bernardo Monreal, en favor principalmente de las clases pobres, también fueron honradas por sus torpes y malévolas antipatías.

Luego, *El Diario* no tiene maestro para la en-

señanza de la doctrina cristiana que directamente da la Iglesia, y además positivamente lo rechaza.

¿Lo tiene para la que el Estado católico da como coadjutor en esta parte de la Iglesia? No sólo tampoco lo tiene sino que también lo rechaza. Siempre ha formado entre los secularizadores de la enseñanza, y hace poco nos ha venido con lo mismo en substancia, pero con forma más cruda, declarándose por la *enseñanza laica* del bloque, de la cual ya dijimos otro día que aunque se disfrace con el atenuante de *neutra*, siempre, lógica é inevitablemente, se resuelve y se resume en la espantosa blasfemia *no hay Dios*, y en la vergonzosa estupidez de que somos *hijos del mono*.

Nada, nada, que *El Diario* no tiene maestro de doctrina cristiana, y los que sentimos caridad por él, á toda costa debemos buscarle uno. En este empeño nos metimos nosotros, pero por más vueltas que le dimos al gorro, ni aquí ni en toda la provincia pudimos encontrar alguno que sirviera para el caso. ¿Dónde demonio encontraríamos un maestro á propósito para este condenado *Diario*? Así decíamos ya cansados y desesperados, cuando de improviso é inopinadamente se nos presentó un forastero de cierto rumbo, ofreciéndose para ese menester. Al explorarle, desde luego vimos con gran satisfacción que era un anticlerical, pero nos volvimos á dar por fracasados, porque no pertenecía á la clase de fariseos, esto es, de los que hacen á lana y á pelo como *El Diario*. Afortunadamente, la gente hablando se entiende, y ahora ya podemos decirle: *Diario*, tiene usted maestro, puede aceptarlo con toda confianza; es más liberal que usted, un hereje declarado, un anticatólico de cuerpo entero.

Y tan ilustrado é idóneo, que sabe dar hasta lecciones de doctrina cristiana.

Como se verá el domingo que viene, porque no nos queda para hoy más espacio.

## ATANASIO A SUS LECTORES

Tengo que comunicaros una gran noticia. El día 1.º de Febrero, estando en el estudio de mi lugar entretenido en mirar los tratados de «Ley de Enjuiciamiento civil», «Legislación del Registro civil», Leyes municipal y provincial», un amigo que acostumbra leer *El Diario* y EL ALMA DE GARIBAY, interrumpe mi trabajo, diciéndome después del saludo: «Voy á leerte un artículo que hay en *El Diario* contra Atanasio, contra el que hace naufragar en este mundo al liberalismo, y en su segunda visión empezada lo encierra en el infierno con doctrina que no puede rebatirse». (Mi amigo ignora que soy el Atanasio). Oí la lectura con interés, en medio del profundo desagrado de los equívocos y dicerios, y concluída, dí tal carcajada por la crasísima equivocación de personaje, que mi amigo se quedó fijo mirándome. Temiendo que de ella pudiese deducir alguna cosa, al momento me repuse y le dije: No te extrañe mi risa. Estando la persona aludida tan lejos, y haciendo mucho tiempo que falta de Huesca, no sé cómo hayan podido los camistas y sobre todo Pancracio, tener una cartera tan larga para envolver al Martín citado por ellos en las hojas, llenas de borrones por las continuadas equivocaciones.—No satisfizo mucho mi contestación al amigo; pero yo, aparentando cierta especie de indiferencia, y muy suavemente des-

viando la atención á otros asuntos, le desvanecí su curiosidad. No tardó mucho tiempo en salir el amigo de mi casa, y seguro de que tardaría en volver algunas horas, procuré pronto y brevemente hacer las presentes cuartillas.

Riéndome con mucho gusto al recordar la alegría errónea y los comentarios de Pancracio, creyendo tener en el cepo al sujeto real y verdadero de los «Melonorama» y «Tríorama», escribía casi sin poder coordinar ideas, efecto de la alegría que tenía por la plancha fenomenal de los antigaribayescos. Si así marchan, me decía, tendrán que comprar á centenares las carteras, porque todas ellas llegarán á ser papel negro. Mejor sería que llevasen una pizarra de bolsillo y un pizarrín, porque así economizarán mucho, muchísimo papel.

Casi, casi podría deducirse el origen de haber ellos hallado el nombre de Martín, parte del «Tríorama» y parte de algún timbre que tendrían en el local de sus reuniones. Empezando la primera visión con la del *Mar*, debió sonar entonces algún timbre con el *Tin* propio, y dijeron: ya lo hemos encontrado; *Mar* con *tin* componen Martín; éste está en un puerto de mar; luego es seguro que Atanasio es él. Aun quizás en algún tiempo llegarán á sospechar de los suyos.

La plancha cometida por los citados sujetos me persigue, no la puedo separar de mi lado. Recordando aquellos juegos infantiles, uno el del «Arbolico cilipicero», con aquellas adiciones «ni es tan bajo ni tan alto como de ciertas maneras; unos son así, etc., etc., y lo de conejicos á esconder, etc., etc.», (me agrada usar las palabras mismas de la niñez) podría uno decirles que, antes de llegar á conocer á Atanasio, tendrían que llevar muchos golpes de la pera formada con el pañuelo. Y si se jugase al de esconder algún objeto, de modo que sirviese para encontrarlo, el decir estas caliente ó frío, puedo decirles que están tan fríos ó separados de hallar lo que buscan, que aun el frío del polo Norte es poco.

El mejor medio para llegar al resultado, sería que Pancracio, que entiende de Química, hiciese una combinación con el *grafos* y el *onoma*, y así, obteniendo el cuerpo binario *grafuro de onoma ú onomático*, y haciendo una pantalla con dicha substancia, pudiese emplear los rayos, no los X, porque éstos ya son antiguos, sino los rayos últimos, ó sean los rayos Z. Con esta pantalla preparada, el aparato eléctrico de Tesla, más el tubo perfeccionado de Crookes, poniendo junto el escrito «Tríorama», verán perfectamente entre las letras el nombre del escritor.

Antes de concluir la parte cómica, una cosa suplico á mis paisanos antigaribayescos: que me concedan que soy de la provincia de Huesca. Pertenezco á élla, en élla nací y fué bautizado, y para mí es una alta honra. No sospechen que haya equívoco en ello; no puedo renunciar al amor de dicha provincia; así es que vuelvo á suplicarles que no me nieguen esta dicha, porque, aun la simple negación mentira, me enfada.

Lleguemos á la parte seria, formal. Es verdaderamente triste que las verdades amarguen, y no se tenga en consideración lo que constituye el verdadero fin del hombre. En cuanto he dicho, y digo, y diré en mis escritos, ni han visto ni verán odio, sino al error, á la iniquidad, no á las personas. Si hablo del liberalismo, es porque además de poner él en peligro cierto la salvación del alma, se acompaña de otros pecados que condenan al alma. Son avisos los que expongo para bien, y contra este modo de preparar el

bien ¡qué contestación! ¡qué escrito el de Pancracio! ¡qué retrato ha formado él mismo de sí mismo! Una cámara fotográfica no podría dar tantos detalles de su retrato como el que da su mismo escrito. Por su misma boca queda juzgado. «Ex abundancia cordis loquitur os.» No me atrevo á insinuar esta parte con sus palabras, porque del mismo modo que queda más manchado y muy manchado *El Diario* con dicho escrito que la Religión y la Moral desprecian y condenan, así, este periódico y yo, quedaríamos igualmente manchados. Dios tenga compasión de tal clase de escritores. ¡Cuántas lecturas hay que solamente pueden escribir las y leerlas los no decentes!

ATANASIO.

## Triorama psicológico

### SEGUNDA VISION

(Conclusión)

Acabado este brevísimo discurso, ví levantarse para hablar á un demonio de ademanes furiosos, de voz espantosa, y al mismo tiempo me noté más envuelto con las alas del ángel, que me impidieron por bastante tiempo ver y oír lo que cada uno de los demonios decían.

Solamente pude ver cuando se levantó el demonio de la falsa sabiduría y uno de sus auxiliares. El aspecto de éstos era de anciano, como el de los jefes de las escuelas que se establecieron en Atenas y Alejandría. Sus cabezas blancas, coronadas con un ramo de olivo, y sus frentes, medio calvas, preocupaban desde luego á su favor; pero, á través de sus formas, se descubría en ellos un abismo grande de bajeza é hipocresía y un monstruoso odio á la verdadera razón. El principal habló de este modo: Monarca del infierno, vos sabéis que nunca me he opuesto á vuestras indicaciones, y que he procurado ampliar los servicios que se me encomendaron. Entre ellos he realizado uno en Huesca asistiendo á una reunión que con frecuencia se verifica. Trábase de un periódico diario que, según el libro «Escándalo, escándalo», editado por los Padres del Inmaculado Corazón de María, pertenece á la mala prensa, y del combate que le hace un estafalario y diminuto periódico semanal. A los factores de aquel periódico les tiene preocupados esta lucha, y lo estarían más sino impidiere las impresiones, inspirándoles la idea de que son majaderías las que dice el periodiquillo, y de que no cesen de escribir como antes, cuando tenían colaboradores de la clase de Retana, Don José, Plauto, etc. De este modo...—Pido la palabra, dice uno de los demonios de la multitud.—Concedida, dice Satanás.—¡Lechuza, avechicho! ¿por qué me interrumpes?—No puedo, callando, aprobar tu conducta, fariseo, ave negra.—Pido explicación y satisfacción de esta repriminación, y si llevase el tridente te traspasaba con él para aumentar tus tormentos.—¿A mí? Ahora mismo voy á hincar en ti mis dientes, envueltos en ponzoñosa virus.—Orden, orden, exclaman todos, y Satanás, interponiendo su cetro entre los dos terribles combatientes, les separa y obliga á que dé explicación el que pidió la palabra.—Señores, siendo mi objeto como el vuestro, el hacer mal á los mortales del mayor modo posible, no me parece provechoso el que los individuos del periódico liberal expresado, continúen del modo que usan. Escribir así, em-

pleando dicitorios como los que nosotros usamos, y que desdican completamente de un periódico aunque no tenga cultura, es un daño para el mismo periódico. Cualquier lector decente tiene que arrojarlo de sí y hacerse enemigo de él. Yo mismo, en la reunión tuve que tapar la boca á uno que intentó decir, y me parece que lo expresó: «No conviene que Plauto y algún otro escriba en nuestro *Diario*, porque á éste y á nosotros perjudica con su lenguaje y con la sinrazón de sus escritos. Admitiendo dichos escritos nos hacemos ante la sociedad soeces ó mal educados, y el periódico resulta ser callejero. Además, el periódico semanal que ataca al *Diario* sabe sacar de dichos escritos mucho meollo con más cálculo, más razón, aclarando muy bien lo que son los de la reunión. Tal es mi juicio.—Muy bien, muy bien! exclamaron muchos.—Pido la palabra, dice el primero.—Concedida, repite Satanás.—Todo lo que ha dicho mi contrincante cae por su base, si atendemos á lo que nosotros hemos de ser. ¿Quién puede sostener que el silencio y la falta de acción en nosotros, sea el mejor medio para hacer daño? El que calla nada dice, el que nada dice, nada hace, y el que nada hace en nosotros, no puede llamarse demonio, destruye su fin. ¿A qué salimos de aquí al mundo? A perseguir lo santo y bueno que haya. Haced enmudecer á todos los periódicos de la mala prensa, y conseguiréis con esto evitar el odio, la saña, la ira contra lo bueno. ¿Ignoráis la sentencia de Voltaire: «Calumnia, calumnia que algo queda»? Si omitimos ese modo de proceder, nada quedará de ese poco algo. Es necesario que se conozca que hay infierno con obras, no con silencio. He dicho.—Los grandes aplausos que hubo, produjeron tal gritería, que pareció resonar espantoso trueno por aquellas bóvedas infernales. Dos opiniones contrarias, pues, dividieron al horrible Sanhedrín. Unos gritaban fuertemente diciendo: «Tiene razón el primero», y otros, amenazando terriblemente, daban la razón al segundo. Aquello era una confusión infernal. Satanás golpeó tres veces su trono con el cetro, y tres veces las concavidades del abismo repitieron un mugido prolongado, espantoso. Levantó su voz estentórea sobre todos los demás ruidos y voces, y exclamó: «Compañeros, hay un medio muy fácil para arreglar este asunto; votemos y esto decidirá.—A votar, pues, dijeron todos. Se efectuó la votación, y salieron ambos partidos con iguales votos. Satanás, temiendo que esto produjese nueva complicación infernal, dijo: «Reflexionad para más tarde este asunto, y una nueva votación decidirá seguramente».

Otra nueva interrupción perturbó brevemente la sesión.—¡Viva la mala muerte, que nos proporciona gran número de condenados! exclamaron casi todos. Entre ellos se hallaba un esqueleto cubierto en su parte superior con una gasa, por donde y por entre las cavidades de los huesos pasaban los oscuros rayos de luz infernal. En una mano llevaba la guadaña y con la otra ocultaba una roja herida.—Hay uno, dice el esqueleto, próximo á la muerte, y para procurarla ó repentina ó inopinada, necesito á uno de vosotros, y así, sin disposiciones hechas, sin sacramentos y sin retractación, descenderá á este lugar. Se acercó uno de los demonios á ella y ambos salieron del infernal recinto, diciéndoles Satanás: «El mayor mal os guíe».

Continuó la sesión, y, levantándose uno de los demonios de la falsa sabiduría, se expresó de este modo: Yo, señores, dedicado á perseguir,

entre otras cosas, á un diminuto periódico semanal, pero de gran intención, trato de aniquilarlo. Ni la pereza, ni el olvido, ni el miedo del fatal resultado que pueden tener los colaboradores, si los de *El Diario* en algún día saben sus verdaderos nombres, les hace mella. Ahora introduzco la idea de disensión entre el director desconocido y otros individuos cooperadores, también desconocidos, diciéndoles á uno que, ya que tienen tanto original, lo hagan mayor ó bisemanal, y no puedo avivarlos hasta la discusión obstinada, que pudiera anular el maldito periodiquillo. Recuerdan ellos lo de San Francisco de Sales respecto de los sermones largos, de los cuales decía: «Más vale poco que se digiera, que mucho que se indigeste», porque largos molestan, dan sueño, y quitan el fruto que al principio producían; y por analogía dicen ellos: «Más vale poco en tiempo y en magnitud que dure, que mucho en ambas cosas que se acabe». En alguna ocasión, habiendo exceso de original, podrá convenir, ó aumentar una hoja más, «ó con tipo más pequeño de letra suplir el aumento de papel».—Hay un maldito colaborador, tonto y mentecato, que á pesar de su poca ciencia y de ser mal latino, se tira al fondo del asunto que nos aumenta tanto el número de clientes. Da contra el liberalismo. En algunas casas en que leyeron un asqueroso escrito suyo titulado «Melonorama» infundió la idea de dejar la lectura y suscripción de *El Diario*, por haber puesto entre unas proposiciones que inició, ser pecado grave leer periódicos liberales. Gracias á mi actividad, pude deshacer la intención, empleando la cantinela de siempre; esto es, que los periódicos malos sólo pueden dañar á los lectores que no están sobre sí. De este modo consigo que cometan varias faltas, la de la vanidad, considerándose seguros en la lectura, la desobediencia á Dios que prohíbe ponerse en peligro y la desobediencia á la Iglesia que condena la mala prensa. En algunos voy aun más lejos, haciéndoles formar mal juicio de la Iglesia en esta prohibición, considerándola como inoportuna. Hay que aumentar todos los pecados posibles en cada acción. Sé que el colaborador citado se ha introducido aquí á investigar, porque el otro día le ví escribir de esto. Hay que inutilizar á ese visionario, cabeza de calabaza, que con sus escritos produce impresiones muy sanas en el corazón, según he observado. Voy á ver cómo puedo perderlo de un modo ú otro. Vosotros mismos, compañeros...

Ángel mío, exclamé al oír esto, tengo mucho miedo, marchémonos de aquí.—Nadie te dañará estando conmigo.—Os lo suplico con todo el afecto de mi corazón. El ángel, condescendiendo á mi súplica al momento, en rapidísimo vuelo subimos á la superficie de la tierra, y me encontré en noche serena en la posición sublime en que que quedé, después del desvanecimiento de mi primera visión.

ATANASIO.

Hasta otro domingo para mi tercera visión, estimados lectores.

Copiamos de *La Hormiga de Oro*:

## «LOS ENEMIGOS DE LOS FRAILES

¿Sabe usted, tío Ciruelo, que ando preocupado con una idea?

—A ver, á ver.

—No es nada sino que he notado que los granujas de todas partes son enemigos de los frailes.

—¡Agua va! Pues mire usted, eso no lo veo yo tan claro.

—¿Que no? Ahora lo verá usted. ¿Usted ha visitado algún presidio?

—Sí, señor.

—Pues á que nunca ha oído usted gritar á los presos ¡vivan los frailes! ¡vivan los curas!

—Por supuesto. No les he oído y de seguro que no los ha oído nadie.

—¿A que los ha oído usted jurar, blasfemar, suspirar por que venga la república, maldecir de la religión, de los curas y de las monjas?

—Eso sí.

—Pues ya tiene usted unos . . . *inocentes* enemigos de los frailes. Vamos á otros. ¿Conoce usted las tabernas del barrio?

—Hombre, me gusta alternar con los amigos; pero yo nunca abuso del líquido hasta el punto de no llegar á estar sólido.

—Por supuesto, tío Ciruelo. Pues bien; ¿cuántas veces ha rezado usted el Rosario en la taberna?

—¿Qué cosas tiene usted! ¿A la taberna iba yo á ir ni nadie á rezar Rosarios? Allí lo que se hace es soltar taco timpio, tirar de la oreja á Jorge, maldecir del lucero del alba y coger las borracheras padres.

—Cabalmente. Pues mire usted: regla general, hombre borracho hombre blasfemo, y hombre blasfemo hombre enemigo de curas y monjas. Y ya tiene usted otros tunantes, enemigos de los frailes

—Pero, hombre, ¿sabe usted que voy observando...?

—¿También observa usted?

—Se me va pegando. Digo, pues, que usted debiera llamarse Cazorro en vez de Cazorro. Prosiga usted.

—Prosigo. Ayer ví dos Hermanitas de los Pobres que pasaban casualmente por la calle de la Libertad. Usted sabe que en esa calle hay mucha gente de mal vivir. Bien; pues una mujer desgreñada, sucia de traje abigarrado, y que por añadidura tenía un pitillo en la boca, comenzó á insultar á las religiosas. Se alborotaron las del gremio, salieron á la calle, arrearon tras las monjas, y si no llega á ser por dos parejas de orden público que hay allí de continuo, yo no sé lo que hubiera pasado.

—¡Ya! ¡ya! Lo que es esas, no se puede negar que son anticlericales...

—Vamos con la cuarta clase de pillos que aborrecen á los religiosos. Tome usted en sus manos un periódico que sepa usted que está escrito por estafadores, amancebados y mentirosos. Abralo usted por donde quiera y verá usted lo que dice: Las estafas de los curas (1), el escándalo de una monja; las patrañas de los frailes, etc., etc.

—¿Quedan más granujas en la lista?

—Sí, señor; ¿se acuerda usted de aquellos motines de hace cinco y seis años?

—Me acuerdo perfectamente.

—Pues cuando en aquellas algaradas salía á la calle, como suele suceder, lo más perdido de cada casa, mientras los hombres honrados estaban metiditos en la suya, como suele suceder también, ¿qué gritos se oían en las calles? ¡Viva la República y mueran los frailes!

—De manera que según eso...

—Pues, según eso, es evidente que los frailes, curas y monjas, son gente honrada y virtuosa, porque, como dice aquel verso:

De virtud indicio claro  
puede ser odio y amor.

¿Te ama el bueno? Buen indicio.

¿Te odia el granuja? Mejor ».

(1) Comentario de EL ALMA DE GARIBAY:

Buena prueba tenemos nosotros de ello. Conocemos un diario, que no aseguraremos que esté escrito por estafadores y amancebados; pero lo que es por mentirosos, podemos asegurarlo en absoluto y con pruebas. Pues bien; el diario á que nos referimos, se permitió, hace algún tiempo, tiznar á un dignísimo sacerdote, como lo hacen sus colegas aludidos en este artículo, y su calumnia le valió un proceso á su director, cuya vista no se ha visto hasta la fecha por enfermedad repentina del procesado, contraída en el día preciso que habia de sentarse en el banquillo de los acusados. ¡Oh felicidad! Hay enfermedades que son verdaderamente providenciales. Pero... ¿no se ha restablecido todavía? Estaremos al tanto de lo que ocurra.